

NUESTRO siglo de técnica y de universalismo necesita de colaboradores conscientes, tanto, o más, que de inventores geniales. Los peritos, los consejeros técnicos, son quizás las figuras más representativas de nuestra época.

La necesidad nos ha hecho descubrir el valor de la solidaridad humana. En estas segundas figuras de la vida pública, menos personales e independientes que los héroes tradicionales, resalta más el valor y dignidad de la misma naturaleza humana.

Hoy, como siempre, necesitamos el impulso y el estímulo del héroe. Pero hemos aprendido que puede haber heroicidad en el miedo —Bernanos— o en el ideal de un chico de correccional.

El héroe de hoy puede ser cualquier "extra" de la vida social, con tal de que actúe conforme a su dignidad y responsabilidad.

En el gran desfile humano que nos ofrece la Biblia, nos sentimos más identificados con los personajes secundarios que con las grandes figuras. El cine tuvo que limar y redondear las afiladas aristas de Moisés para que lo encontráramos cercano y homogéneo.

Por eso quizás sea más realista nuestra vida espiritual si nos fijamos en las figuras secundarias, en "los extras" de la gran historia de la salvación que nos ha proyectado Dios en la Biblia.

Cada personaje estaba previsto en el guión de la presciencia del Padre, y ha sido movido en escena por el tenue impulso de su Espíritu. Observando la representación de sus papeles asumiremos, con libre docilidad, nuestra propia interpretación.

Elí

y

Pinjás



por Gonzalo Haya S. J.

Elí. Bondad tolerante

El primer libro de Samuel se abre con una figura de transición entre los jueces y los reyes de Israel. Es el Sumo Sacerdote Elí, quien, al morir Sansón, había aceptado la judicatura.

Elí es un anciano desengañado. Su gran amor es el Arca de la Alianza de Yahvé. Pero le falta carácter y fuerzas físicas para defenderla. La ama y confía en el triunfo final de Jahvé, pero se siente abatido para cooperar en la restauración de su pueblo.

El autor del libro sagrado nos presenta a Elí en tres escenas y, con plástica observación, lo sitúa siempre sentado junto al tabernáculo de Silo.

En la primera escena aparece sentado en un sitial mientras Ana suplica poseída de una fuerza superior. El Sumo Sacerdote, precipitado en su observación y en su juicio, la cree ebria de vino y la reprende con sosegada aspereza. Ana responde con humildad, y el anciano —rasgo preeminente de su carácter— acepta con verdadero gozo su error “—vete en paz y el Dios de Israel te cumpla la petición que de El has solicitado”.

El ideal de un pueblo ferviente estaba en su alma oprimido por el desengaño; apenas lo descubre realizado en aquella mujer, lo reconoce alborozado. Desengañado también de su propio juicio, lo retracta fácilmente y de corazón.

*La segunda escena es la débil repre-
sión a sus hijos y el anuncio del castigo
divino. El sobrio razonamiento, brasa
de convicciones en el alma del anciano,
es impotente para prender en los
jóvenes acostumbrados a la rapiña y al
libertinaje en el mismo templo. Falta
en las palabras de Elí la pasión del ce-
lo de Jahvé; no queda ningún eco de
las amenazas de Moisés o de los desoladores castigos consignados en los li-
bros santos. Por eso Yahvé pedirá
cuentas al anciano de la conducta de
sus hijos y le castigará duramente en su
posteridad.*

Fue Samuel quien anunció el castigo. Tres veces se levantó del sueño el muchacho creyendo que lo llamaba el Sumo Sacerdote. El anciano poco crédulo —porque la palabra de Yahvé era rara por entonces— tardó en comprender que era la voz de Dios quien llamaba a Samuel. Y una vez más gozoso y humilde, reconoce en otro el contacto sobrenatural que él hubiera deseado.

“—Vete a acostar, y, si te llama, dirás: habla, Jahvé, que tu siervo escucha”.

Quizás habría preparado esa frase desde años para responder a la llamada de Jahvé; quizás la había ensayado muchas veces sentado junto al arca. No llegará a pronunciarla usando esa segunda persona de diálogo e intimidad; pero, cuando Samuel le anuncia el castigo, su respuesta es igualmente fiel.

“—Es Yahvé; haga lo que más le agrade”.

La tercera escena nos presenta de nuevo a Elí sentado junto a la puerta del templo esperando la vuelta del Arca. Habían salido los jóvenes a luchar contra los filisteos, y él, indeciso e impotente, dejó ir a sus hijos a la batalla con el Arca de la Alianza. “Su corazón —atestigua el autor sagrado— estaba inquieto por el Arca de Dios”. Creía en el poder de Yahvé, pero su experiencia

desengañada, y el remordimiento por la sacrílega conducta de sus hijos, le hacía pensar en la profanación del Arca más que en una demostración divina de poder.

Comprendió la desgracia por los alaridos del pueblo; sus ojos cegados de nonagenario no habían visto llegar al mensajero. Preguntó con dulzura: “—¿qué ha pasado, hijo mío?”.

Escuchó sereno la muerte de sus dos hijos “...y el Arca de Dios ha sido apresada. Y en cuanto le mencionó el Arca de Dios, cayó Elí de la silla hacia atrás, al lado de la puerta, y se quebró la nuca y murió, pues era ya anciano y pesado”.

Algunos Santos Padres se han mostrado severos con el anciano sacerdote; incluso han dudado de su salvación. Es cierto que Dios por causa de su pecado como Sacerdote y como padre, le arrebató para siempre el privilegio del Sumo Sacerdocio que había prometido a su familia. Pero eso no indica nada respecto a su suerte eterna.

La mayoría, sin embargo, ponen de relieve su profunda religiosidad, su amor al Arca de la Alianza, la humilde aceptación de sus errores, el reconocimiento de la voz de Dios aun en momentos adversos, la sumisión al castigo, y su hermosa muerte. El mismo autor sagrado hace notar las bendiciones que Dios concedió por las plegarias de Elí.

Quizás el ímpetu juvenil encuentre poco de apreciable en este anciano. Pero quienes se hayan desengañado de lo espectacular y de lo original, reconocerán en Elí la humildad y el amor que sólo se dan en la madurez humana y sobrenatural.

Pinjás el intransigente

Nos remontamos a los tiempos de Moisés; época de formación y de lucha, vida de campamento.

Balaam, el enigmático profeta de los gentiles, aconsejó a las mujeres madianitas el seducir a los hombres de Israel y atraerlos al culto fálico de Baal-Phegor.

El consejo fue eficaz; los israelitas se consagraron al culto de Baal. La apostasía se extendía irreprimible a pesar de las penas de muerte impuestas por Moisés y de la epidemia enviada por Jahvé.

Ante los ojos impotentes de Moisés y las lágrimas del pueblo, entró en el campamento Zimrí —príncipe de la tribu de Simeón— con una prostituta sagrada de Baal. La profanación penetraba en el recinto mismo de Israel.

“Lo vio Pinjás, hijo de Eleazar, hijo del sacerdote Arón, y, surgiendo de en medio de la comunidad, tomó una lanza en su mano, penetró tras aquel israelita en su tienda y traspasó a los dos, al israelita y a la mujer, por el vientre. En seguida detúvose la plaga sobre los hijos de Israel” (Núm. 25,7s).

Su audacia fue premiada. Yahvé le prometió su alianza de paz y la dignidad sacerdotal para su descendencia.

La presentación de Pinjás ha sido dinámica y fugaz; no se nos narra nada más de él. Parece que su carácter y actuaciones particulares importan poco; solamente se le ha citado cuando ha sido instrumento directo de Yahvé. Suponemos que su carácter sería apropiado a su misión porque Dios no suele violentar a las personas que escoge.

En cambio los libros sagrados posteriores tienen interés en recordar el ejemplo de su celo santo. El Salmo 105 lo alaba al recordar la historia de Israel: “...surgió Pinjás e hizo justicia, y cesó la plaga, lo cual se le reputó como mérito para siempre de generación en generación”.

El Eclesiástico lo menciona entre los grandes Patriarcas: “Asimismo, Pinjás, hijo de Eleazar, por su valentía heredó en tercer lugar dicho honor (Sumo Sacerdocio) cuando mostró su celo por el Dios del Universo, y se mantuvo firme en la brecha por su pueblo, movido de la generosidad de su corazón, y procuró el perdón para los hijos de Israel...” (Eccli. 45,23s).

Matatías imitó su audacia cuando se negó, en nombre de sus hijos y hermanos, a ofrecer sacrificio. Un judío cobarde se separó del grupo y se acercó, para sacrificar, al altar de Modín. Matatías, movido de “justa cólera”, corrió y lo degolló sobre el mismo altar; mató al comisario del rey, y destruyó el altar. El autor sagrado comenta: “Mostró así celo por la Ley, como lo había hecho Pinjás con Zimrí” (1Mc. 2,26).

Pinjás es un ejemplo de intransigencia religiosa. Puede ser que desagrade en épocas de comprensión y de acercamiento a pueblos vecinos; pero no se puede negar que los autores inspirados aprobaron y alabaron su celo. Aun humanamente su audacia tiene grandeza épica; negarla o disminuirla es renunciar a la riqueza de tensiones del corazón humano.

El acto de Pinjás, en su situación histórica, tuvo mucho de cultural, de expiación y penitencia medicinal. Fue la cólera de Jahvé quien arrebató a Pinjás.

La cólera humana puede ser una virtud como la mansedumbre, pero su sello es más fácilmente falsificable. Cuando Dios quiere proponer la cólera como santa, no se conforma con que aparezca la virtud humana, sino que imprime pesadamente y a fuego su sello irreplicable.

Los rasgos humanos de Pinjás nos resultan más insalvables que los de Elí, porque el único gesto que conocemos

es una transparencia de Yahvé. Para interpretar su acción tenemos que fijarnos más en Yahvé que en él.

Dios tiene derecho a la intransigencia, y la usa sin detrimento de su bondad. Dios tiene sus preferencias en este mundo y en la vida eterna. No es aceptador de personas porque no acepta derechos ni méritos previos a su gracia, pero ciertamente elige a las personas y a los pueblos según su voluntad. Exterminó a los enemigos del pueblo de Israel para evitarle la tentación de politeísmo; desposeyó a los cananeos para proporcionar a los hebreos una vida fácil que favoreciera la observancia de la Ley.

No podemos avergonzarnos de esta brusca parcialidad de Dios. Quizás seamos nosotros los favorecidos; pero quizás seamos solamente custodios de un tesoro reservado a otros. Ciertamente todos, vencidos y vencedores, somos manifestaciones de su gloria, y término individual de su amor personal.

Nada se nos ha dicho de la suerte eterna de Zimrí ni del tímido sacrificador de Modín. No tenemos derecho a juzgar sus almas ni a interpretar los decretos de Dios. Aceptemos simplemente sus lecciones sin querer saber más de lo que El nos ha enseñado.

Debemos respetar y amar el misterio de la cólera de Dios. El azote de los mercaderes sería una reliquia de Jesús tan estimable como el pesebre.

¡Audacia o mansedumbre!

“...Y envió (Jesús) mensajeros delante de sí. Y puestos en camino entraron en una aldea de samaritanos para disponerle alojamiento. Y no le acogieron porque su aspecto era de quien iba a Jerusalén. Viéndolo los discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del

cielo y los consuma? Vuelto a ellos les respondió diciendo: No sabeis de qué espíritu sois...” (Lc. 9,52-57).

Santiago y Juan tenían el temperamento ardiente de Pinjás y de Matatías. Pero su celo fue reprobado. ¿Por qué?

Se podría pensar que Cristo ha hecho envainar la espada del Antiguo Testamento. Sin embargo, los mercaderes arrojados del Templo, las diatribas contra Herodes y los fariseos, el castigo de Ananías y Safira, no parece confirmarlo. Pablo decidió “entregar a Satanás” al incestuoso de Corinto (1Cor. 5,5). La Iglesia ha usado durante muchos siglos expresiones duras con sus impugnadores aun en su liturgia y textos conciliares, y hasta fecha muy reciente conservaba en sus rituales una tétrica fórmula de excomunión y una misa “contra paganos”. La cólera de Dios no ha quedado suprimida en el Nuevo Testamento; el problema es algo más complejo.

Es verdad que Juan suavizó su carácter con los años; de anciano se hizo machacón en aquello de la caridad fraterna y la confianza en el perdón. Sin embargo parece que Santiago siguió como representante de la intransigencia judeo-cristiana. Pedro perdió su intrepidez espontánea sin que esto significara absoluta maduración humana, pues S. Pablo le reprochó en una ocasión el dejarse llevar de respeto humano (Gal. 3,11-15).

¿Cuándo es santa la intransigencia?
¿Cuándo es espíritu de Dios? ¿Debemos prepararnos también para ser ejecutores de la intolerancia de Dios?

El espíritu de Dios puede estar tanto en la brisa como en la tormenta del diluvio. Esto desconcierta a los espíritus lógicos, a los funcionarios formalistas del Reino de Dios, a los que quieren quedarse satisfechos de haber cumplido las más mínimas prescripciones de la

Ley. Sin embargo la aplicación personal de la voluntad de Dios no está escrita en el Evangelio; algo se trasluce en las parábolas y símbolos, pero es el Padre quien lo revela secretamente a los que tienen "oídos para oír", y es el Espíritu quien se lo recordará y sugerirá a cada uno en el momento oportuno (Jn. 14,25a).

¿Pinjás o Elí? ¿Celo o mansedumbre? Humanamente es insoluble la pregunta. Elí fue castigado por condescender; Juan y Santiago fueron reprendidos por su cólera.

Sin audacia, la vida se hace conformista, se estanca sin evolucionar hacia su edad adulta; la Iglesia primitiva necesitó la audacia de S. Pablo para dejar las ceremonias judías. Sin mansedumbre, se impone lo subjetivo —personal o racial— sobre lo objetivo; se aumenta en una sola dirección como globos deformes que estallan.

Existen vocaciones históricas: épocas de intransigencia y épocas de comprensión. Existen vocaciones personales: abogado del diablo o postulador de la causa.

Pinjás y Elí son colores de la luz blanca de Dios. La plenitud de la luz sólo se ha manifestado en Cristo. El es el único modelo —Camino, Verdad y Vida—. Los demás son copias parciales de sus rasgos, capiteles desmontados en museos, para que al llegar al templo de la Humanidad de Cristo apreciemos la plenitud de la que todos hemos recibido.

Nuestra vocación es Cristo. Sólo a El tenemos que seguir. Pero en nuestro

camino, nuestros defectos *prácticamente invencibles* nos desviarán hacia el lado de Elí o hacia el lado de Pinjás. El grupo menos numeroso será llamado anacrónico.

Quizás algunos prefieran decir, con realismo pragmático, que Dios elige para estos extremos unilaterales según el temperamento de cada uno. Es cierto que, una llamada violenta de Dios puede llevar al áspero profetismo; pero parece que se deberá a la falta de riqueza personal, si esa actitud permanece tensa sin la relajación de una bondadosa sonrisa. Jesús pasó sin quiebra psicológica de la cólera a la mansedumbre. Frecuentemente nos sucede que al ser dóciles a la cólera nos incapacitamos para la bondad; y más frecuentemente aún, en la distensión de la comprensión, nos incapacitamos para ser instrumentos de la cólera de Yahvé.

No pretendemos ahora dar normas para discernir la vocación personal. Hemos visto dos actitudes cargadas de sugerencias religiosas. Sólo exteriormente son opuestas. En el corazón hay un amor común. Aunque no lo hubiera, los hombres nunca deben considerarse opuestos; tenemos un doble principio común. Pecamos en Adán y hemos sido redimidos en Cristo. Lo más profundo de nuestro ser religioso ha sido común, ha sucedido fuera de nuestra individualidad numérica. Rehusar la solidaridad humana, sería negar la dimensión religiosa de nuestra naturaleza.

Elí y Pinjás son dos veredas hacia Cristo. No importa de dónde parten, sino a dónde conducen.